

Huesos Secos: La Unificación de las Iglesias Presbiterianas en África del Sur

Prof. Maake J Masango
Universidad de Pretoria

Introducción

En Sudáfrica, “Llamados a ser la Iglesia Una” es no sólo un imperativo eclesiológico; es integralmente un llamamiento a la justicia política, económica y social. Como dijo una vez el Arzobispo Desmond Tutu, nuestro más famoso miembro sudafricano de la Comisión Plenaria de Fe y Constitución, “el apartheid es demasiado fuerte para unas iglesias que estén divididas”.

El cristianismo comienza en Sudáfrica como una comunidad dividida. Los misioneros coloniales exportaron a nuestra tierra todas las profundas divisiones del cristianismo europeo, los tipos de división que Fe y Constitución trata de superar desde hace tanto tiempo. Pero nosotros experimentamos nuevos tipos de división a mediados del siglo XIX, cuando en algunas iglesias los blancos no querían recibir ya la Sagrada Comunión con sus hermanas y hermanos negros. El pecado del racismo condujo a un nuevo tipo de desunión cristiana, el que causó las divisiones dentro de las iglesias, y no sólo entre ellas, especialmente entre la familia de iglesias reformadas neerlandesas. Las raíces del apartheid político en el siglo XX estaban profundamente arraigadas en el apartheid eclesial del siglo XIX. Las leyes del apartheid acentuaban, a su vez, las divisiones en las iglesias.

El movimiento ecuménico, con su llamamiento a ser la Iglesia Una, llegó a Sudáfrica como a otras partes del mundo. Había urgencia en nuestras iglesias y, además, había también un fundamento sudafricano indígena para responder a partir de él al llamamiento ecuménico.

Las raíces del ecumenismo—el llamamiento de Dios a ser la “Iglesia Una”—en las iglesias de África del Sur pueden remontarse históricamente a la educación y formación del clero, en particular del clero negro que se formó a sí mismo. Estos hombres fueron una fuerza importante en el crecimiento de la iglesia en África. La integración del clero negro autoformado en las principales congregaciones protestantes reconocidas se produjo por medio del aprendizaje y la formación proporcionados por teólogos graduados. Pese al rechazo de las costumbres religiosas africanas por parte de los misioneros, muchos de estos primeros clérigos negros que recibieron una formación informal, hicieron causa común. Tenían su propia base de conocimientos a la que podían recurrir y que podían compartir con sus colegas. Como consecuencia de ello, las estructuras de aprendizaje cooperativo dentro de las iglesias produjeron un liderazgo africano diverso.

En Sudáfrica, continuó esta misma tendencia en muchas escuelas misioneras, que llegaron a ser centros importantes de interacción étnica. Instituciones como el Seminario Teológico Federal de África del Sur (Fedsem, 1963-1975), la Universidad de Fort Hare y el Instituto Misionero Lovedale utilizaron formas tradicionales africanas de educación como punto de entrada para la formación evangélica y pastoral, independientemente de sus orígenes étnicos. Surgió así un clero negro que trascendía las fronteras étnicas. En otras palabras, el estudio y la vida transculturales han fomentado un espíritu de trabajo cooperativo entre el clero de diferentes grupos étnicos. Esta tradición de solidaridad, independientemente de la etnicidad, continuó durante el período

colonial y hasta bien entrada la vida de las naciones africanas independientes. Esto implicó que el clero estuviera expuesto a diferentes orientaciones teológicas, doctrinales y denominacionales. Se puede considerar este fundamento multilateral como una de las fuentes originales del ecumenismo sudafricano. El crecimiento de estas instituciones fue importante y abrió una ventana de unidad cristiana debido a que los estudiantes se formaban juntos y desarrollaban una comunidad de confianza. Escuelas como Fedsem se convirtieron en una bendición porque vivíamos y nos formábamos juntos. No sabíamos que el seminario estaba formando líderes ecuménicos, pero se nos enseñó a decidir luchar no sólo contra el apartheid sino también contra el denominacionalismo, porque debilitaba la voz de las iglesias en la lucha contra el apartheid. Estábamos decididos a luchar contra el denominacionalismo que permitía que las estructuras del apartheid nos dividieran aún más. No siempre fue fácil. Se experimentaron tensiones entre el clero negro y el blanco, y abundaron también las tensiones interraciales. Aquellos de nosotros que éramos nuevos en el ministerio ordenado nos vimos frustrados por esta actitud de separación. Nuestra misión era formarnos y trabajar juntos.

El hecho de que los dirigentes de nuestras iglesias tuvieran una formación que era básicamente ecuménica fue decisivo para la cooperación eficaz de todos los miembros de nuestras iglesias en la lucha contra el apartheid. La cooperación multilateral indígena de los líderes africanos hizo que resultara fácil para nosotros la participación en otros contextos multilaterales como el Consejo Mundial de Iglesias y el Consejo de Iglesias de África del Sur.

La función de las iglesias contra el apartheid, el lugar del ecumenismo y el lugar del CMI en la superación del apartheid son suficientemente bien conocidos y no hace falta recordarlos aquí.

Los años transcurridos tras la caída del apartheid en 1994 han sido un período de verdad y reconciliación no sólo para Sudáfrica como nación, sino también para sus iglesias, las cuales han asumido el llamamiento a volver a ser la Iglesia Una. Los objetivos de Fe y Constitución de “proclamar la unidad de la iglesias de Jesucristo y llamar a las iglesias a hacer visible esta unidad en una sola fe y en una sola comunidad eucarística” (Reglamento de Fe y Constitución, 3.1) se viven de forma particular en las iglesias divididas de Sudáfrica hoy en día. Como las divisiones que requerían una sanación inmediata no eran las del programa clásico de Fe y Constitución, sino la división del racismo causada por el régimen de apartheid entre las familias de iglesias y dentro de ellas, la metodología ecuménica es diferente. Esta búsqueda de unidad, sin embargo, no influye en las funciones de Fe y Constitución tal como se expresan en nuestro Reglamento, a saber, “estudiar las cuestiones de fe, constitución y culto que influyen en su finalidad y examinar los factores sociales, culturales, políticos, raciales y de otra índole que afectan a la unidad de la iglesia” (Reglamento de Fe y Constitución, 3.2.a).

El llamamiento a ser la Iglesia Una en el contexto sudafricano es no sólo una parte profunda de la sanación de las heridas del pasado, sino también representa para nosotros un camino hacia el futuro. Teniendo en cuenta la historia del cristianismo en África y sus principios cada vez más firmes sobre lo que significa ser un cristiano moderno, la cuestión contemporánea de la unificación denominacional en África, especialmente en la Iglesia Presbiteriana de África del Sur, resultó inevitable.

El cristianismo moderno, unido a la idea de lo que significa ser un nuevo sudafricano—alguien que abraza una sociedad multirracial y multiétnica— ha inspirado a muchas denominaciones a unirse con iglesias que anteriormente se habían separado de la iglesia original.

Frente a las presiones de la globalización y la extrema pobreza—todo ello herencia común del colonialismo—por no mencionar problemas más recientes como la pandemia del VIH SIDA, la

reciente violencia xenófoba, la emigración de otras partes de África, la creciente recesión económica y otros similares, las iglesias deben unirse para combatir estos desafíos, igual que lo hicieron contra el apartheid. En términos más generales, nadie puede existir solo y mucho menos durante una época tumultuosa como ésta. Sin embargo, debido a la incorporación y aceptación crecientes de conceptos occidentales, como el individualismo que hace irrelevantes las ideas de comunidad, los africanos no han confiado en sus propios sistemas tradicionales para ser orientados por ellos.

Sólo recientemente se han utilizado las ideas tradicionales de comunidad en nuestra lucha contra la pobreza. Muchas iglesias y comunidades africanas han hecho causa común utilizando el concepto de “comunalismo” para combatir la pobreza. En medio de estos problemas, hemos descubierto la importancia y la necesidad de una iglesia unida bajo el dominio de Dios. Al asignar la primacía a Dios, y no a las diferencias denominacionales, hemos recordado que somos hermanas y hermanos en Cristo. Nuestra voluntad y deseo de combatir problemas como el apartheid, el colonialismo, la pobreza y la enfermedad nos han unido. En otras palabras, independientemente de la identidad racial, étnica, nacional, de género o denominacional, o incluso de si una persona es ministro ordenado o laica, todos hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. Por ello, Cristo es el Señor y el Salvador de todos.

La Iglesia Presbiteriana en Vías de Unión en África del Sur

El movimiento hacia la sanación de las iglesias divididas se experimenta de formas diferentes en las distintas iglesias de Sudáfrica. Mi propia experiencia procede de la Iglesia Presbiteriana en Vías de Unión en África del Sur. Es este contexto concreto el que desearía exponer. Los itinerarios ecuménicos de otras iglesias de Sudáfrica, especialmente la Iglesia Reformada Unida, son parte esencial del llamamiento de Dios a ser la Iglesia Una. Pero yo puedo hablar solamente de la experiencia de mi propia familia eclesial.

Las iglesias presbiterianas de África del Sur trabajaron para llegar a una iglesia unida. Es importante recordar que la historia de la unidad entre los presbiterianos emprendió su marcha durante el apartheid y después de él. Por ello, la herencia de tensiones raciales del apartheid se cultivó y se sostuvo en algunas iglesias. Estas tensiones raciales produjeron una cultura de desconfianza e incomunicación entre estas iglesias diferentes. El apartheid obstaculizó inmensamente las posibilidades de una unión saludable y constructiva.

Mi experiencia personal me ha enseñado que toda crítica debe ser siempre sincera, pero expresada en un lenguaje de amor y comprensión. Esta experiencia me ha permitido reflexionar sobre mi propia identidad cristiana, haciéndome más receptivo a las experiencias de diferentes personas. Esto no quiere decir que nuestros debates sobre la unidad de la iglesia fueran fáciles. Hubo muchas veces en que el clero tuvo que suspender los debates sobre la unidad. Esas veces, tuve presente el dicho de mi abuela de que “las diferencias no siempre deben ocultarse y limarse, sino que la auténtica belleza producida por texturas ásperas ofrece un tejido único de experiencias”. Ella nos diría que tenemos que ponernos de acuerdo en estar en desacuerdo de forma acordada. Ideas sencillas expresadas en palabras llanas y ordinarias desenredaron las lecturas cargadas y complicadas de las políticas eclesiales. Volviendo la vista a nuestros debates sobre la unión, puedo decir que el camino ecuménico hacia la unidad es un diálogo existencial. Antes de que llegue a ser un diálogo de cuestiones teológicas y doctrinales, de opiniones y perspectivas, tiene que llegar a ser un encuentro vivo entre personas de diferentes denominaciones.

La unión de la Iglesia Presbiteriana en África del Sur y la Iglesia Presbiteriana Reformada es un ejemplo importante del mantenimiento de la diversidad haciendo a la vez la unidad más viable. Las divisiones de esta familia de iglesias y los esfuerzos para llegar a la unidad, se remontan a la primera mitad del siglo XX. La posibilidad de la unificación entró en los debates denominacionales a comienzos de la década de 1930. En esa época, había cuatro iglesias presbiterianas diferentes en Sudáfrica, cada una de las cuales tenía raíces diferentes: la Iglesia Presbiteriana en África del Sur, la Iglesia Presbiteriana Reformada, la Iglesia Presbiteriana de África y la Iglesia Evangélica Presbiteriana en Sudáfrica. La Iglesia Presbiteriana en África del Sur, iglesia predominantemente blanca con algunas congregaciones negras, estaba destinada a los colonos y soldados blancos procedentes de Escocia. Nació en Sudáfrica en 1897. La Iglesia Presbiteriana Reformada se desarrolló también a partir de la labor misionera de la Iglesia de Escocia. Aunque las dos iglesias tenían las mismas raíces teológicas, la Iglesia Presbiteriana Reformada estaba destinada desde el principio a la población africana. Se estableció antes del siglo XX, pero llegó a ser independiente en 1923. La Iglesia Presbiteriana de África, que en un principio formaba parte de la Iglesia Presbiteriana en África del Sur, estableció en 1921 una iglesia organizada por clero africano educado y formado por misioneros. Se separó debido al mal trato aplicado al clero africano. La Iglesia Evangélica Presbiteriana en Sudáfrica, por su parte, surgió de la labor misionera de la Iglesia Misionera Suiza. Como consecuencia de estos diferentes orígenes, surgieron iglesias diferentes. El interés del clero en la unidad Presbiteriana vaciló durante cierto tiempo dependiendo de la orientación teológica de los diferentes ministros y de su compromiso personal en favor de la unidad de la iglesia.

Las conversaciones para la unión eran intermitentes, dependiendo de las tensiones raciales con que se enfrentaban las cuatro iglesias presbiterianas. En un determinado momento, la Iglesia Presbiteriana en África del Sur se vio inducida a traspasar todas las congregaciones negras a la Iglesia Presbiteriana de África. Cuando las congregaciones negras se negaron, fueron etiquetadas por algunos ministros como “de mentalidad blanca”. La tensión entre las congregaciones negras y los ministros hizo aumentar el desacuerdo sobre la unión. En esa época, los líderes de la negociación para la unión dentro de la Iglesia Presbiteriana en África del Sur eran blancos, pues participaban sólo dos africanos. La idea era llevar a las otras tres iglesias a formar una comunidad con la llamada iglesia blanca, pero no fusionarse con ella en una unión orgánica. Las otras iglesias recordaron a la Iglesia Presbiteriana en África del Sur que eran iglesias, y no comités, por lo que era preciso tomar en serio las negociaciones. Se interrumpieron los debates durante un largo período. Hubo un momento en que algunos blancos dentro de nuestras iglesias expresaron abiertamente su preocupación por la seguridad de los fondos de pensiones en una iglesia unida, así como temores de que las otras tres iglesias presbiterianas africanas supusieran una carga financiera. Este insulto hizo que las tres iglesias detuvieran las negociaciones.

En 1990 la Iglesia Presbiteriana Reformada estimuló a la Iglesia Presbiteriana de África del Sur a reanudar las negociaciones sobre la unidad de la iglesia. Lo hizo un nuevo grupo que se había formado en Fedsam. Tuve el privilegio de actuar como convocador de las negociaciones por parte de la Iglesia Presbiteriana de África del Sur. La Iglesia Presbiteriana Reformada eligió como convocador por su parte al Rev. D. Soga. Ambos estábamos convencidos de que era la voluntad de Dios que se unieran las iglesias.

Analizamos la labor realizada por nuestros predecesores. Este análisis nos permitió avanzar. Algunos miembros blancos de nuestra denominación volvieron a plantear problemas financieros. La Iglesia Presbiteriana Reformada respondió diciendo: “tenemos que dividir nuestro fondo de pensiones entre nosotros y después comenzar juntos un nuevo fondo”¹ Los problemas financieros no hicieron que se detuvieran los debates. En esa reunión, se crearon diversos

¹ Debates durante las reuniones del Comité Mixto de Negociaciones

comités para ocuparse de la labor (p. ej., política, asociaciones, contribuciones al fondo de pensiones, etc.). Todos ellos informaron en la reunión del comité de unión. A medida que proseguían los debates, pedimos que se actuara con transparencia en todos los comités. Teníamos que ser honrados al compartir nuestras fortalezas y debilidades. La advertencia que nos hacíamos a nosotros mismos es que no podemos permitirnos que se entorpezca o se pierda el impacto de testimonio público por algo que nos aleja del corazón del mensaje de unidad y salvación del Evangelio. Tenemos que ser honrados y sinceros en lo que respecta a quiénes somos, qué somos y dónde estamos. Esta certeza nos permitirá evitar toda simulación.

Volviendo la vista a nuestros debates, me di cuenta de que nuestras iglesias tal vez no hayan sido financieramente sólidas, pero estaban orgullosas de lo que habíamos conseguido como iglesias negras dentro del país. Aunque parezca mentira, este debate alivió a algunos de nuestros miembros blancos, especialmente a los que se preocupaban por los fondos de pensiones y las cargas financieras en caso de unirse a denominaciones pobres. Leyendo las actas del Comité de Misión Africano, compruebo que el problema era el temor a que los africanos tuvieran ascendencia dentro de la iglesia unida. Según los rumores que circulaban, los africanos iban a ser miembros mayoritarios, por lo que controlarían las finanzas de la nueva denominación. Este problema nos afectó gravemente. Al avanzar los debates recibí cartas de mis colegas en relación con las pensiones. Tuvimos que afrontar esta cuestión. Si no afrontábamos estos problemas dentro de la iglesia no habría forma de poder hablar proféticamente con una única voz al gobierno del apartheid. Si las iglesias no podían afrontar sus propios problemas, no teníamos nada que decir al país, y menos a los oprimidos. En otras palabras, habríamos perdido nuestra voz y ministerio proféticos.

En 1998 nuestro comité preparó un informe sobre los trabajos relacionados con la unión. Las emociones eran grandes cuando se iba a discutir sobre la unión. Uno de los dirigentes de rango superior señaló “nunca conseguiréis nada de esta unión: lo mismo que en las conversaciones sobre la unión de 1929 en Escocia; el aceite y el agua no se mezclarán²”.

Los que venían de Fedsem siguieron diciendo “estamos ocupados en discutir y hemos olvidado la necesidad de la unión como voluntad de Cristo para nosotros; tenemos que desearla y trabajar en pos de ella”. Yo seguía pensando: ¿quién va a querer unirse con personas que tienen actitudes racistas y tribales tan profundas? Pero mis pensamientos me volvieron a sorprender, y recordé entonces que en 1973 las negociaciones para la unión se rompieron debido a que la Iglesia Presbiteriana en África del Sur votó contra la unión con los Congregacionalistas por maniobras políticas y por temor a la mayoría negra. Recordé que el convocante dio las gracias a los miembros de su comité con lágrimas en sus ojos. Esta acción me había apenado sobremanera. Por ello, me pareció que estábamos a punto de cometer el mismo error en el debate entre las iglesias reformadas. Mientras nosotros discutíamos la unión de la iglesia, el país se estaba quemando; los tumultos y la violencia estaban al orden del día. Varios seminaristas se levantaron y hablaron en favor de la unión con profunda pasión. Recuerdo a Farley que dijo: “la unidad está enraizada en el amor de Dios. Dios conectó a Dios mismo con la gente y con el mundo en el amor” (Farley 1983:48). En otras palabras, el amor de Dios abraza a todos los seres humanos, independientemente de la religión, raza y color.

A medida que se caldeaban los debates, vi que algunos ministros apoyaban la idea de la unidad. Si, era la unidad que comenzó en el Seminario donde me enseñaron cómo vivir y trabajar juntos y cómo amarnos unos a otros. ¿Cómo podían fracasar las conversaciones para la unión? Si lo hicieran, habría significado que no nos merecíamos la confianza unos de otros. Existe en inglés una expresión que dice que el hablar directamente no rompe ninguna amistad. Era éste el

² Los debates tuvieron lugar en la Asamblea de 1998 antes de la unión de las dos iglesias realizada el año siguiente.

momento en que necesitábamos compartir con quienes querían detener la unión debido a su autocentrismo.

Votamos en favor de la unión en 1998 y propusimos que la siguiente Asamblea se celebrara conjuntamente en Port Elizabeth en 1999. Nos reunimos por separado durante los tres primeros días a fin de que concluir los trabajos de nuestras anteriores iglesias. El cuarto día entramos juntos en la sala y comenzamos el culto. La gente cantaba y bailaba mientras rendíamos culto a Dios juntos, un Dios que nos había vuelto a reunir. Creo que Dios sonrió aquel día. Si, después de sesenta años de debates, por fin nos unimos.

Se ha completado una parte de nuestro viaje, y nunca volveremos a ser los mismos. En otras palabras, nuestro viaje de unión nos dirige a emprender negociaciones con las otras dos iglesias presbiterianas. Esta vez debemos tratar con la Iglesia Presbiteriana de África y la Iglesia Evangélica Presbiteriana de Sudáfrica con dignidad, porque hemos aprendido de la unión que acabamos de describir. Estamos siguiendo este camino debido al nombre que elegimos cuando nos unimos. Incluimos conscientemente a las otras dos iglesias presbiterianas, por lo que el nombre “Iglesia Presbiteriana de África del Sur en Vías de Unión” es el signo de nuestra esperanza de proseguir las conversaciones para la unión con las otras dos iglesias presbiterianas de África del Sur.

Conclusión

El llamamiento a ser la Iglesia Una que se deriva de la experiencia de apartheid de Sudáfrica y sus consecuencias en general, así como del contexto de la Iglesia Presbiteriana de África del Sur en Vías de Unión, en particular, puede parecer a primera vista que tiene poco que ver con esta reunión en Creta de teólogos de Fe y Constitución de todo el mundo y de tan diferentes denominaciones. La Academia Ortodoxa de Creta es tan diferente del mundo del Seminario Teológico Federal de África del Sur. Pero estamos vinculados unos a otros.

Nuestra labor de esta semana sobre cuestiones de eclesiología, fuentes de autoridad y discernimiento moral pertenece a la misma respuesta al llamamiento de Dios a ser la Iglesia Una. En nuestro contexto de Sudáfrica, estuvimos inspirados por el llamamiento histórico de Fe y Constitución a “proclamar la unidad de la iglesia de Jesucristo y llamar a las iglesias a hacer posible esa unidad en una sola fe y en una sola comunidad eucarística”.

Que la Comisión de Fe y Constitución y todas las iglesias que ustedes representan se inspiren en nuestras ansias de unidad y en nuestra dura labor para comenzar a sanar las divisiones en el Cuerpo de Cristo, que exigía nada menos que la unidad orgánica como signo de la unidad visible en una fe y una comunidad eucarística, de forma que seamos uno, como Cristo y el Padre son uno, para que el mundo crea.